

DESPIERTA

José GUSTAVO Jiménez ORTIZ

No sientes miedo de lo que pueda pasar, sabes que no estás solo. Piensas que el mundo deberá moldearse a ti, como si fueras algo más grande de lo que eres. Peleas contra la sociedad, contra el sistema establecido, o eso crees. Tienes esperanzas, sueños inútiles a los que llamas metas para sentirte conforme. Nunca lograrás nada con lo que estás haciendo. Lo peor de todo es que muy dentro de ti, lo sabes. Sabes que esta humanidad es una bestia dormida que ha sido callada y torturada generación tras generación. Sabes que el monstruo que enfrentas la ha amansado. Sabes que fuimos envenenados por un poder que se salió de control. Y no hay nada que puedas hacer. Te sientes triste. Hace años que sabes que el mundo es un fruto podrido, pero no esperabas que la gangrena llegara hasta ti. No tienes razón de ser. Has sido derrotado y absorbido por aquello a lo que te aferraste a huir. Tratas de salir adelante con la idea de que todo cambiará. Aquello que estás haciendo quizás logre despertar conciencias, despertar a la bestia. Piensas que puedes lograr lo que pocas personas antes que tú. Detener la agonía de un pueblo agazapado entre gritos y pancartas, pero decides dejar de engañarte a ti mismo. Reconoces que eres David y que has perdido tu honda. Ya no encuentras sentido alguno a los cánticos ni a las demandas. Te preguntas quién te escuchará. Nadie toma en cuenta tu ridículo intento por defenderte. No hay nada que te retenga. Has perdido la fe en este movimiento. Piensas que quizás haya otra oportunidad, pero sabes que no es ésta. Debe haber otra forma de ser escuchado. Sientes el asfalto sobre el que estás sentado. Tiembla ante el bramido de la gente que está segura de lo que hace. Y sabes que tú no puedes hacerlo. Te pones de pie.

Hay demasiados militares alrededor tuyo. Tanques que te intimidan. Dos helicópteros que vuelan sobre ti en círculos, aunque el ruido de las hélices no se escucha entre los gritos inconformes que demandan justicia y oportunidad. Sin duda habías notado a los uniformados, pero te extrañas de que toda la gente que va entrando a los edificios tenga un pañuelo blanco. Te preguntas si es un símbolo de paz. Piensas que tal vez signifique que no están con la causa, ni en su contra. Volteas a ver a tus compañeros. Rugen y alzan los puños delante de ti. Y tú solamente sientes la impotencia que conlleva ser la minoría. Has comprendido todo. Ya no te sientes apto para las demandas de los ideales que cargaste. Estás vacío y sabes que eres débil. Lo que más te enfada es saber que ni la unión de todos ustedes servirá de algo.

De pronto el cielo cambia su color. Observas dos destellos rojos encima de tu cabeza. Iluminan tu cabello y tus ojos se deslumbran mientras las luces se disuelven. El mar de gente en el que te encuentras se queda en silencio. El ruido de los dos helicópteros ahora es más fuerte, te aturde. Desde uno de ellos sale dis-

parada una centella más. No entiendes qué sucede y te percatas de que el color del cielo ahora es verde. Cierras los ojos, pues tanta luz te deslumbra. Entre tus párpados se cuele ahora el color de las primeras luminarias que volaron.

Hay solamente un segundo de quietud. Te parece un instante interminable. Ninguno de tus compañeros emite ningún sonido. Te encuentras atónito y sientes la incertidumbre que acompaña al silencio. Abres tus ojos y una paz efímera pintada de rojo los inunda. Todo el mundo mira la estela. Tú miras más allá. ¡Te diste cuenta! Eso que cargan las personas que viste meterse a los edificios, esos instrumentos metálicos que reflejan el rubí que se consume en el cielo, son armas.

Estás paralizado entre un mar de gente aglomerada en una plaza. Serías blanco fácil y eso te hace temblar. Nadie más se ha dado cuenta. De tus labios se escapa un grito. Y ese grito, ese alarido, se ahoga entre millones de zumbidos.

Como abejas, cientos de balas caen sobre los cuerpos incrédulos de la gente que defendió con tanto furor su forma de pensar. La sangre de todas las voces silenciadas corre, como un río, a tus pies. Uno a uno, cinco a cinco, tus compañeros caen y salpican tu frente con ideales moribundos. Entre la confusión te das cuenta de que los militares han abierto fuego también. Todo es caos y estás completamente inmóvil. La esperanza se derrumba frente a ti. Tu cuerpo no reacciona.

Por fin, un aguijón de fuego alcanza tu brazo. El dolor te hace responder y huyes de ahí. Hay tantas ráfagas que te es difícil tener la mirada levantada para ver por dónde vas. Sigues un grupo de personas que comienza siendo un gran número, pero llegan a las puertas del edificio apenas un puñado. Subes las escaleras mientras tu brazo chorrea sangre. Golpeas cada puerta, pero en ninguna hay respuesta. Sigues subiendo hasta que encuentras una abierta. Hay poco espacio ahí, hay trapeadores y escobas, pero no tienes tiempo de elegir otro escondite. Te encierras y te tiras al piso. Mente en blanco. Te preguntas qué diablos pasó.

Quizás sea un castigo por no luchar, por rendirte, por dejar dormir a la bestia en un sueño que no deja ver la realidad. Comienzas a llorar y a lamentarte. Sabes que tu vida ha sido muy corta. En tu mente se forma la idea de que nadie recordará tu nombre, de que este día será por completo borrado de la historia. Escuchas pesadas botas subiendo por la escalera. El eco rabioso de sus ladridos te enfría.

Escuchas las ráfagas de las armas cada vez más cerca de ti. Calculas que ahora están en el piso de abajo. Respiras muy rápido. No quieres abrir los ojos. Solamente puedes imaginar los escenarios de tu fin. Te preguntas si serán disparos certeros o si te torturarán. Todo a tu alrededor es un grito desesperado. Han llegado al piso donde te encuentras.

Nunca has estado más asustado en tu vida, intentas ponerte de pie para correr en cualquier oportunidad, pero tus rodillas tiemblan. Estás consciente de que éste es el fin. Dedos cubiertos por guantes de cuero abren la puerta que te separaba de la muerte. Aquel monstruo te apunta con su tubo de metal humeante. Los focos del pasillo brillan detrás de la cabeza de tu verdugo y lo recuerdas.

Recuerdas todas tus metas y tus triunfos, recuerdas tus ideales, recuerdas los cánticos y las pancartas, recuerdas la necesidad de tu pueblo, recuerdas la estrella roja en la frente de aquel sujeto que te hizo pensar distinto. Te pones de pie y sonríes. Lo haces porque recuerdas que las bestias despiertan cuando están acorraladas. Lo haces porque recuerdas que prefieres morir de pie...

Mueres, acribillado a quemarropa, un jueves, teniendo la firme convicción de que tu voz hará eco en las generaciones futuras, y que este movimiento fue el primero de muchos.